

CAPÍTULO XXIV

Interior de la Francia. — Los protocolos.

Todos estos pueblos sublevados volvian los ojos á Francia como á la prometida salvadora. De Francia habia salido medio siglo ántes un movimiento por el cual aun los mismos que no habian adquirido libertad habian roto las cadenas de la esclavitud. ¿Quién no recordaba las irresistibles victorias de Napoleon? ¿Sería la bandera tricolor ménos gloriosa cuando la llevase, no ya un conquistador, sino la libertad, y cuando flotara al viento, no ya para destruir, sino para restablecer la independencia de los pueblos?

Estas y otras esperanzas aun mas risueñas halagaban la mente popular; pero la Francia no se hallaba regida, como en otro tiempo, por una Convencion, sino por un rey fundador de una Monarquía nueva, por una Monarquía encontrada mas bien que buscada, aceptada mas bien que apetecida, y tolerada como necesidad y remedio. La nacion, escasa de costumbres políticas, desprovista de instituciones independientes, duraderas, consagradas por la opinion y los hábitos nacionales, se hallaba aislada y rodeada de émulo que espaban la ocasion de aprovecharse de cualquier yerro: veíase al mismo tiempo sin armas, al paso que sus enemigos las tenian en abundancia, y su situacion interior era por otra parte débil, porque habia tenido que reemplazar en los empleos de la administracion á los partidarios de la dinastía caída con amigos de la nueva, interrumpiendo el movimiento de la maquina gubernativa cuando mas necesario era darle celeridad y fuerza. En el primer fervor prevaleció como era natural la gente entusiasta; manifestóse simpatía á todos los oprimidos, ya fuesen estos de los condenados á Spielberg y á la Siberia, ya fuesen pueblos privados de su nacionalidad ó de sus legítimas esperanzas. Pensábase en extender las fronteras de Francia hasta los Alpes y el Rhin, lo cual habria producido una guerra, y por tanto la necesidad de captarse el afecto de los pueblos. Los clubs bulliciosos y osados como el que no tiene nada que perder, ambiciosos de esa popularidad que se adquiere por medio de las exageraciones, impulsaban al poder á que prometiese auxilio á todos los que se sublevaran, y le exigian que rompiera los vergonzosos tratados de 1815, proclamando una Santa Alianza de los pueblos contra la Santa Alianza de los reyes. Pero si algunos miraban la Revolucion como el restablecimiento de los principios proclamados en 1789, otros no veían en ella sino una modificacion de la Restauracion y creían conveniente conservar las cosas y las personas.

Importaba á Luis Felipe que los otros reyes lo reconocieran, y consolidar su dinastía res-

petando las demas; por lo cual en vez de combinar todos aquellos elementos de resistencia para un fin europeo, trató de imponerlos silencio en provecho exclusivo de la Francia y de su linaje, y nadie negará que lo consiguió completamente. Casimiro Perier, nombrado ministro, se presentó con valor ante la cámara turbulenta, declaró abiertamente que queria debilitar las facciones, que no daría auxilio á los sublevados, y que *la sangre francesa no pertenecía mas que á la Francia*. Aseguró además que el fundamento de la Revolucion de julio habia sido la resistencia á la agresion, no la insurreccion, el respeto á la fe jurada y al derecho, no otra cosa; que por tanto sería violar este fundamento el apelar á la fuerza en lo interior ó promover la insurreccion en el extranjero; por último, que la política exterior estaba ligada con la interior, y que padeciendo ambas el mismo mal, á saber, la desconfianza, uno mismo debia ser para ambas el remedio.

La Santa Alianza, á pesar de su heterogénea composicion, pudo subsistir largo tiempo, porque la Europa estaba cansada de guerras, y cualquiera que sea el juicio que deba formarse de esta especie de congreso permanente, es lo cierto que contenía en sí los gérmenes de un nuevo derecho público. Ocupado primero este congreso en la fácil tarea de conservar los tronos por medio de las armas, desde 1830 conoció que tenia otra tarea mas difícil que llenar; esto es, la de conciliar intereses opuestos, principios hostiles. Inmediatamente se reunieron á conferenciar en Londres hombres que no representaban á las naciones, sino á los reyes, y que se preparaban á restablecer lo pasado por odio á los dogmas en que la Francia iniciaba al mundo. La diplomacia volvió, pues, á predominar, y el Congreso de Viena continuó en Londres, donde estaban representadas la Prusia por Bulow, la Inglaterra por Aberdeen, la Rusia por Matuszewiz, Austria por Esterhazy y Francia por Talleyrand. La eleccion de este último, amigo de todos los recién favorecidos por la fortuna, y servidor fiel contra la libertad, como todo el que una vez la ha hecho traicion, manifestaba que por parte del gobierno frances no habia inconveniente en perpetuar los tratados de 1815.

La causa de los pueblos se habia perdido ya desde el momento en que la Francia, despues de haber favorecido la insurreccion mientras le convenia tener ocupados á los enemigos que la amenazaban, venía á cooperar para reprimirla. Muchísimos Españoles que huyendo de la tiranía de Fernando VII se habian refugiado en París, estimulados por el gobierno frances, prepararon una invasion mandada por el general Mina; pero habiendo sido en aquel tiempo reconocido Luis Felipe por Fernando, la empresa no dió por resultado mas que mártires, que fueron fusilados entre los gritos de *Viva el rey absoluto*. En cuanto á los Italianos, que á las órdenes del general Pepe habian dispuesto

un desembarco en el territorio de Nápoles, fueron dispersados por las mismas autoridades que hasta entónces los habian favorecido. Austria, inmutable en sus planes, habia declarado que miraba como causa propia la de todos los gobiernos de Italia, y cuando se le quiso objetar el principio proclamado de la no intervencion, soltó la carcajada, dirigiendo sin vacilar sus tropas contra los países extranjeros sublevados, mientras remachaba las cadenas en que tenia á los suyos. Como era para ella cuestion de existencia el conservar á Italia en aquel estado que se cohonestaba con el nombre de tranquilidad, se mostró dispuesta hasta invadir el Piamonte en caso de que los revolucionarios vencieran en aquel país.

Italia. Las Legaciones y toda la Umbría habian secundado el movimiento de la Revolucion, y los diputados de las diversas ciudades, reunidos en congreso, declararon al papa destituido del mando temporal, y formaron de sus respectivos países un solo Estado con presidente, consejo de ministros y cuerpo legislativo. Tambien la desgracia tiene sus aduladores; pero nosotros no queremos justificar todos los actos de aquellos nuevos gobiernos italianos. No se hizo comprender bastante al pueblo el objeto de la insurreccion, pues que sus males no habian llegado á punto de desesperarlo; no hubo jefes que con su energía y el prestigio de su nombre deslumbraran y arrastrasen en pos de sí á los indiferentes que siempre constituyen el mayor número. Los patriotas inexpertos en los negocios políticos, como personas no educadas para dirigirlos, se atascaban á la menor dificultad. Honrados, leales, poseyendo aquella moderacion que honra, pero que no salva, se mostraban vacilantes por temor de comprometer á su patria, á quien amaban, y la paz cuya necesidad conocian. Confiando en el principio de la no intervencion tan cacareado por los extranjeros, lejos de sostenerse mutuamente, miraban como extraños á sus hermanos, y en vez de promover ó secundar el favor del pueblo, de acometer á Roma y excitar el patriotismo de los Piamonteses, Lombardos y Toscanos, recomendaban el sosiego como garantía de la inviolabilidad, mandaban regresar á sus casas á los campesinos que se les presentaban pidiendo armas, no se ponian de acuerdo con los Estados vecinos, y olvidaban que si el débil merece compasion, alianza solo se hace con el fuerte. Nada diré de las rivalidades que se despertaron de nuevo entre ciudad y ciudad, ni de los desórdenes inseparables de los gobiernos que procedentes de la victoria popular viven esclavos de la muchedumbre, guiada siempre por quien mas grita, mas exagera y mas promete. Luis y Napoleon, hijos de la reina Hortensia Buonaparte, acudieron presurosos á compartir los peligros de la Revolucion de los Estados Romanos, con lo cual dieron nuevo pretexto á los enemigos para decir que estaba amenazada la independencia de Italia, como si se preten-

diese alzar de nuevo el estandarte napoleónico.

Marzo. Pero no eran menester pretextos cuando se declaraba francamente la enemistad. Austria puso en movimiento sus tropas entrando por Ferrara, y restableció en sus tronos al duque de Módena (9 de marzo) y á María Luisa (13 de marzo). El general Zucchi, Modenes, que habia pasado del servicio de Austria á mandar la Revolucion de su país, se retiró con sus tropas al territorio de Bolonia; pero aquel gobierno, respetando el principio de la no intervencion que veía escarnecido por el enemigo, se negó á admitir á aquellos sus hermanos, exigiendo que depusieran las armas ántes de darles entrada.

Tranquilizaban á la corte romana en estas circunstancias no solo los esfuerzos de Austria, sino los de Francia, cuyo ministro Sebastiani impedia que saliesen de este país para Italia emigrados y municiones. Es verdad que Francia hizo severas protestas en Viena, diciendo que si los vínculos de parentesco daban motivo al Austria para intervenir en Módena y en Parma, el gobierno frances no permitiria jamas que interviniese en los Estados Romanos; pero Metternich, que conocia que la cuestion que se agitaba era nada ménos que la de conservar ó perder las provincias que su emperador posee en tan hermoso país, negó á la Francia el derecho de impedir que Austria restabliese el dominio pontificio: « Si hemos de morir, dijo, » mas vale acabar de una apoplejía que ser » consumidos á fuego lento: harémos, pues, la » guerra. » Y los tropas austríacas penetraron en el territorio del papa. Los Franceses entónces con fragoroso estrépito gritaron que habia sido humillada la dignidad nacional, que se habia hecho traicion á los patriotas italianos, que era preciso tomar venganza. El embajador Maison excitaba al gobierno á tirar de la espada y enviar un ejército al Piamonte; pero la Francia está muy acostumbrada á desahogar sus sentimientos en magnánimas habladurias, y no era esto lo que importaba á Luis Felipe.

Los patriotas de la Romanía, viéndose abandonados, se retiraron de Bolonia poco á poco, seguidos por el ejército austríaco, que avanzaba despues de haberse apoderado de aquella ciudad, y despues de un encuentro en Rimini en que los Italianos hicieron lo bastante para salvar el honor de una bandera que fué vencida, pero no manchada, se resignaron á evitar una resistencia tan desastrosa como inútil. El gobierno sometióndose, puso en libertad en Ancona al cardenal Benvenuti, legado pontificio, y entró en negociaciones con él, recibiendo de su parte la promesa de olvido general y los pasaportes para los jefes de la insurreccion, los cuales se embarcaron inmediatamente. Á consecuencia de este convenio, Ancona fué devuelta pacíficamente por el general Armandi (29 de marzo de 1831); pero en Roma se declararon nulast las estipulaciones, y el gobierno austríaco, mandando detener el buque que llevaba á los jefes

sublevados, los encerró en los calabozos de Venecia. Poco tiempo despues puso en libertad á los que eran súbditos de otros gobiernos, y sometiendo á Zucchi á un consejo de guerra y á los demas á tribunales ordinarios, los hizo condenar á presidio. El jóven Napoleon Buonaparte murió de muerte violenta; su hermano Luis se reservaba para otras tramas de ambicion personal; Menotti fué llevado al suplicio en Módena, y Sercognan, que se habia adelantado hasta Rieti, al tener noticia de estas desdichas, volvió por la Toscana y se refugió en Francia, adonde llegaron multitud de fugitivos á recibir hospitalidad benévola, escasos subsidios y falaces promesas. Los Austriacos ocuparon de este modo los ducados de la Italia Central á las Legaciones; aterraron á Lombardia con procesos rigurosos, aunque no impusieron pena capital en ninguno, y el emperador de Austria dió una condecoracion á Metternich « por haber » contribuido tan poderosamente á mantener » la independencia de los Estados Italianos. »

En el Piamonte, crueles ejecuciones dictadas por comisiones militares impidieron que estallase una sublevacion que habria podido comprometer la independencia del país, promoviendo una nueva invasion austriaca. Una irrupcion que despues se hizo por los refugiados en Saboya, costó mas sangre y mas desengaños (1), porque si en 1831 se habia hecho la Revolucion abiertamente confiando en la iniciativa del gobierno frances, despues los innovadores se limitaron á las conspiraciones, se unieron con los radicales y proyectaron motines en vez de promover la insurreccion general. Giro Menotti, al morir en el patíbulo, habia exclamado: *No os fiéis de promesas de extranjeros*, y aquel testamento fué recogido por una sociedad que entónces se formó con el título de *Jóven Italia*, bajo la direccion del Genoves José Mazzini, sociedad que apénas puede llamarse secreta, porque imprimia sus discursos y publicaba sus intenciones. Esta asociacion, á la cual se invitaba « á todos los que conocian el poder del » nombre italiano y la vergüenza de no poderlo » llevar francamente, » excluía, sin embargo, de su seno á los hombres maduros; confiaba en la insurreccion armada; mostraba cierta tendencia á sustituir otra religion al Catolicismo, que habia concluido su tiempo; estaba de acuerdo con los carbonarios en el deseo de ver al país libre de extranjeros, y discordaba de aquellos en pedir, no ya constitucion, sino república, en querer destruir todo privilegio y en confiar en el pueblo, al cual los carbonarios no habian recurrido. Esta sociedad parece mas á propósito para producir mártires que para asegurar la victoria.

Entretanto los hechos venian á dar por resultado práctico é inmediato lo contrario de lo

(1) En ella figuró desgraciadamente el mismo general genoves Ramorino, que despues fué victima expiatoria de los desastres de Novara en 1849.

que habian esperado los liberales, aumentándose la influencia de Austria en la Península Italiana. Permanecieron las tropas austriacas en Bolonia hasta el 17 de julio, en cuyo tiempo los diversos embajadores residentes en Roma se obligaron á nombre de los gobiernos á conservar el dominio temporal de la Santa Sede. Sin embargo, las potencias, impulsadas principalmente por Inglaterra, declararon que en su opinion jamas se lograria establecer sólidamente la tranquilidad en los Estados Romanos, si no se hacian las concesiones que reclamaba la época, é invitaron al papa á formar asambleas municipales y provinciales de eleccion popular, una junta central que vigilase el desempeño de los destinos administrativos, y un consejo de Estado que se compusiera de los ciudadanos notables, abriendo ademas á los seglares la entrada en los empleos públicos (1). Estas promesas lisonjearon el ánimo de los habitantes de los Estados Pontificios; pero el edicto de 5 de julio de 1831 estuvo muy léjos de cumplirlas, y Gregorio XVI declaró: que el nombramiento de los consejos pertenecia á la autoridad gubernativa de cada provincia; que en ellos no podria discutirse ningun negocio hasta despues de haber sido examinado por la autoridad superior; que el jefe de la provincia tendria la facultad de aprobar ó desaprobar las actas de las sesiones, y que los seglares no tendrian parte nunca en el gobierno de las Legaciones. Tambien rechazó resultamente la eleccion popular para los consejos municipales y provinciales, y se negó con no menor obstinacion á agregar al Sacro Colegio un consejo de Estado seglar (2). El edicto de justicia del 5 de octubre confiaba al clero parte del poder judicial.

Continuaba, sin embargo, sobre las armas la guardia urbana como protectora de la tranquilidad pública, y en estas circunstancias se envió al papa una diputacion de ilustres ciudadanos encargada de solicitar las mejoras para las cuales estaba ya el país maduro. El gobierno pontificio, léjos de dar oídos á las reclamaciones de la diputacion, agravó los impuestos para pagar los gastos de la guerra y los de un cuerpo de Suizos que tomó á sueldo, y miéntras por todas partes se multiplicaban las quejas y llovian peticiones, contrajo un empréstito, levantó tropas de voluntarios elegidos como pudo, é intentó disolver la guardia urbana. Mostrábase por tanto indignado el pueblo

(1) Memorandum del 21 de mayo de 1831. El emperador de Austria « no ha cesado de invitar encarecidamente al » pontífice, no solo á que pusiese en plena ejecucion las disposiciones legislativas ya publicadas, sino tambien á que » les diera un carácter de estabilidad que las pusiese á cubierto de todo cambio futuro sin impedir las mejoras útiles » que en ellas pudieran introducirse. » Nota del príncipe de Metternich á sir F. Lamb, 28 de julio de 1832.

(2) « El gabinete austriaco ha tenido que ceder en este » punto así á la legitima resistencia del papa, como á las » unánimes protestas de los demas gobiernos de Italia, que » ven en semejantes concesiones un inminente peligro para » la tranquilidad de sus Estados, á cuyas instituciones es » completamente extraño el principio de eleccion popular. »

Nota arriba dicha.

y comenzaba á conmoverse, en vista de lo cual el cardenal Albani, comisario extraordinario, informó á los representantes de las potencias que las tropas papales se disponian á desarmar las Legaciones. Todos los gobiernos, excepto el de Inglaterra, dieron su asentimiento á esta medida; pero no fué llevada á cabo sin oposicion interior, sin escaramuzas en muchos puntos y sin una accion formal en Cesena, de la cual tomaron pretexto Austria para invadir de nuevo el país, y el gobierno pontificio para suspender las comenzadas reformas. En estas circunstancias, tres buques de guerra franceses llegaron con inusitada rapidez por el faro de Mesina, y ocuparon á Ancona como para poner un contrapeso á la influencia de Austria: medida que al principio dejó aturdido al papa, el cual despues de mucho vacilar, consintió en que los Franceses continuáran ocupando aquella plaza miéntras los Austriacos ocupasen la Romanía.

Este acto vigoroso era una concesion que el ministerio frances hacia al partido del movimiento, indignado de ver á Italia sujeta al capricho de los Austriacos; y si bien los Franceses no se presentaron en el país como libertadores ni como protectores, sino como aficionados valentones que iban á asistir á la represion de los patriotas, todavia la bandera tricolor ondeante en Italia era simbolo de esperanza para muchos aun no desengañados de lo que vale el apoyo extranjero.

No fué tan fácil apagar el incendio de Bélgica y de Polonia. Esta última tenia voluntad generosa, energía para el sacrificio, habilidad en las armas y una fama de valor que no tienen los Italianos; pero tampoco produjo ninguno de aquellos hombres resueltos que saben que en las insurrecciones no se debe comenzar jamas por términos medios. Miéntras con ardor indecible todos gritaban: *¡Á Lituania!* queriendo establecer aquella fraternidad de la Revolucion que la hace invencible, Chlopicki, dictador, no hacia mas que temblar; proveyó de municiones á Varsovia como si ya estuviese á sus puertas el enemigo, á quien debia haber ido á buscar mas allá de las fronteras; cerró los clubs; hizo prender al republicano Lelewel, erudito de gran nombre y muy estimado de la juventud, y suprimió la proclama llena de dignidad en que la Polonia narraba sus desventuras.

Hallábase la Rusia en la situacion que mas podian desear los Polacos para atacarla, exhausta á consecuencia de su guerra con la Puerta, teniendo que temer en el Mar Negro á los buques de Francia é Inglaterra, y en otros puntos á la Persia, á los Tartaros, á los habitantes del Cáucaso impacientes por sacudir el yugo, y á la Suecia que espiaba la ocasion de recobrar la Finlandia. Á todas estas dificultades en que se veía envuelto el gobierno ruso, se agregaba la calamidad del cólera, terrible enfermedad que desde el año de 1817 devastaba

los territorios de Asia y África. En la guerra de Persia el ejército ruso la contrajo y la llevó á su patria y luego á Polonia, desde donde se propagó á todo el continente de Europa por Berlin y Viena, miéntras por Hamburgo penetró en Inglaterra (1) y vino á complicar terriblemente las vicisitudes de aquellos años. La espantosa energía del mal, nuevo para los médicos, sus síntomas tan parecidos á los envenenamientos, la mala fe de algunos gobiernos, cuyas medidas lo proclamaban contagioso ó epidémico, segun convenia á sus intereses del momento, conmoveron la imaginacion de la plebe, tanto que en casi todas partes acompañaron á la invasion del mal sospechas de envenenamiento general, sublevaciones y asesinatos. La fuerza, necesaria para evitar ó remediar este nuevo azote, fué de grande auxilio para los gobiernos; y los cordones sanitarios sirvieron tambien contra las ideas, miéntras la atencion, fija en las medidas de salvacion personal, se desviaba de las cuestiones políticas.

Los Franceses, que en las cámaras discutian mas los negocios exteriores que los interiores, se apasionaron de aquella nacion, cuyos naturales son llamados los Franceses del Norte; ¿pero cómo socorrerla, hallándose tan dividida entre sí y no teniendo un solo puerto? Algunos sugerian la idea de estimular su valor reconociéndola y enviando á ella varios jefes que auxiliasen á los demócratas; otros proponian que se llamase la atencion de Rusia por la parte de Turquía, excitando á esta á declararle la guerra. Pero la Francia para ayudar á la Polonia habria tenido que entrar en guerra contra todas las potencias, y dejar desguarnecidas sus fronteras exponiéndose al furor de las facciones que bullian en lo interior, y al ataque de los reyes alarmados que invadirian su territorio. La Convencion en 1792 habia sido omnipotente, porque en el interior nada le quedaba que proteger, fuera de la guillotina.

Austria, no obstante su odio á las revoluciones populares, conocia que la nacionalidad polaca era una barrera muy conveniente contra Rusia; pero como habia participado del antiguo repartimiento, temia perder su Galitzia, y no ménos temor le infundian los Húngaros que querian enviar víveres, municiones y soldados á la nacion amiga, cuyo ejemplo les daba ánimo para pedir tambien por su parte los fueros y privilegios que habian gozado en lo antiguo. Inglaterra no queria enemistarse con Rusia, y respecto de Francia el gobierno inglés alimentaba los añejos rencores de Pitt; de consi-

(1) Á Viena llegó en setiembre de 1831; á Inglaterra y á Paris en marzo de 1832; á las dos Américas en 1833; á España, á los Estados Berberiscos y otra vez á Francia en 1834 y 1835, y á Italia en julio de 1835. Desde entónces ha vuelto aun varias veces, difundiendo terror y confrencencia ocasionando escenas de ignorante barbarie. En Francia perecieron.

En 1832	personas.	102,735
— 1849	—	110,110
— 1854	—	143,831

guiente la Polonia se vió abandonada á sus propias fuerzas.

Entónces los Polacos arrojaron del poder á Chlopicki, abolieron la dictadura y eligieron generalísimo á Radziwill, hecho lo cual, declararon destituidos á los Romanos de todo derecho al trono de Polonia; pero en lo interior se hallaban divididos y sin recursos, y desde aquel momento pudo adivinarse que sucumbirian, porque la lucha no se verificaba entre el pueblo y el rey, sino entre el rey y la aristocracia. Que tal era en efecto la situacion, lo prueba suficientemente el haberse prohibido que se propusiese la emancipacion de los siervos. En un país el mas guerrero de Europa, solamente setenta mil soldados de tropas regulares se pusieron sobre las armas para combatir contra ciento veintinueve mil Rusos, aguerridos por recientes victorias, provistos de cuatrocientas piezas de artillería, y municionados por Austria y Prusia, que desde las fronteras disparaban contra los insurgentes. El cólera, marchando con ellos, sembraba de horribles cadáveres el camino. Diebic, que mandaba el ejército ruso, no parecia muy resuelto á atacar; pero de repente murió. Constantino y su mujer experimentaron la misma suerte, y el mundo asustado observó que estas muertes habian coincidido con la aparicion de Orlof en el ejército. Orlof, enviado por la corte de Petersburgo, hizo un convenio con Prusia, por el cual esta potencia, sin tomar parte decisiva en la lucha, ofreció su territorio como base segura de las operaciones estratégicas, dirigidas por Paskewich, vencedor de los Persas.

Mientras Rusia obraba tan resueltamente, quitaban parte del valor á los Polacos las vacilaciones de su gobierno. Quemar á Varsovia, perseguir á los Rusos donde quiera que se hallasen, sublevar á los Lituanos y á los Turcos, era la opinion de los mas decididos; pero Radziwill, honrado é irresoluto, concentró las tropas al rededor de la capital é inutilizó los prodigios de valor que se hicieron en todas partes. Skrzinecki, nombrado general, desconfió tambien de la victoria, entró en negociaciones y esperó en Varsovia á Paskewich que se adelantaba. Dembinski no habia logrado sublevar la Lituania, como intentaba, á fin de dividir el ejército ruso, y el republicano Dwerniski caminaba de victoria en victoria, cuando, obligado para sus operaciones á dar un rodeo por territorio austriaco, fué hecho prisionero.

Entretanto los demagogos, mas poetas que estadistas, atizaban las iras populares contra la aristocracia, deificando á los oprimidos é inmolando ante este ídolo á los señores, cuando mas convenia la concordia. El vulgo de Varsovia, irritado de tantos desastres, incurrió en sanguinarios excesos, provocados tal vez por Krukowicki, el cual á consecuencia de ellos subió al poder supremo. Ya estaba Paskewich al frente de Varsovia; entónces, cuando mas importaba concentrar las fuerzas, en vez de ha-

cerlo así el gobierno, las envió á diversos puntos en busca de provisiones. La superioridad de la artillería dió el triunfo á los Rusos, y el dia del nacimiento de María, sagrado para la Polonia por la antigua devocion que profesa á la Reina de los Angeles, y por la victoria que en dia semejante alcanzaron sobre los Turcos, sucumbió Varsovia. La Polonia cruzó los brazos sobre el pecho y se tendió en el sangriento sepulcro, y el ministro frances Sebastiani anunció á las cámaras de su país que *el orden reinaba en Varsovia*.

Á pesar de las estipulaciones del congreso de Viena, y no obstante la protesta de los gabinetes de Francia é Inglaterra, el reino de Polonia fué agregado al imperio ruso como conquista. En virtud del mismo convenio que entónces se hizo, se dejó libre á Cracovia con prohibicion de que pudiese penetrar en esta ciudad fuerza alguna armada; sin embargo, fué ocupada por los Rusos: luego Austria se apoderó de ella en 1846 y la conserva todavía. Inglaterra protestó de nuevo, pero no se creyó por esto obligada á hacer la guerra.

Los emigrados polacos pusieron su valor al servicio de todos los insurgentes de Europa y de América, siendo objeto de la compasion universal, y proclamando que *la Polonia no ha perecido*. Otros pagan en Siberia el delito de haber querido ser nacion. ¡Quién sabe si la Providencia prepara por medio de la tiranía aquella emancipacion de los siervos, eterno título de gloria de que no se atrevió á adornarse la Revolucion!

Cuando el pontífice reprobó la Revolucion polaca con una encíclica que vino á ser un imperio lanzado contra un cadáver, los Católicos de Bélgica, temiendo hallarse en oposicion con el papa en una revolucion emprendida á nombre de la religion, enviaron á preguntar á la Santa Sede lo que pensaba acerca de ellos; pero el pontífice hizo una distincion entre la causa de los Polacos y la de los Belgas, diciendo que estos se habian visto obligados á sublevarse á consecuencia de los obstáculos impuestos por el gobierno al ejercicio de su religion, y que tales obstáculos justificaban la empresa revolucionaria. Esta revolucion fué la única que prosperó, y de ella salieron una constitucion y una dinastía nuevas y hasta un nuevo pueblo, todo sin guerra civil ni exterior.

El congreso de representantes de los diversos gobiernos reunidos en Londres declaró que las potencias habian unido la Bélgica á la Holanda para conservar el equilibrio europeo y con la esperanza de que ambas naciones se fundirian en una; pero que habiendo demostrado la experiencia la imposibilidad de esta fusion, y debiéndose tratar por bien de la paz de hacer nuevos arreglos, se admitia á las conferencias á los enviados del gobierno provisional. Con esto aquel país se sometió inevitablemente á la diplomacia. ¿Pero qué bases dar á la separacion? ¿y qué gobierno preferir? Los sabios.

1831. viendo que si se constituían en república, la Europa temerosa del ejemplo los oprimiria, y que si preferian un rey, este les sería impuesto por los extranjeros, pensaron que convenia preferir la union con Francia á una independencia débil y expuesta á intrigas.

La Francia, si hubiese obrado por sí, habria facilitado, á los ménos para lo futuro, la reunion que entónces no se atrevia á verificar; pero Luis Felipe poniéndose de acuerdo con el congreso de Lóndres, rechazó fuertemente la union, y por tanto se trató de fundar para Bélgica una dinastía nueva. Las negociaciones fueron larguísimas, formándose protocolos contradictorios que revelaban la irresolucion de una política no guiada por motivo alguno superior; hasta que al fin Leopoldo de Coburgo fué saludado rey de Bélgica por cincuenta y dos votos contra cuarenta y tres. El rey de los Países Bajos, obstinándose en rechazar toda clase de pactos, se preparó para la guerra, y entónces la Francia violando el principio de no intervencion que ella misma habia proclamado, envió al teatro de la lucha cincuenta mil hombres á las órdenes del mariscal Girard; y en la toma de Ambéres se vió cuánto se habia perfeccionado la artillería (1). Apénas se retiró el rey Guillermo, salieron tambien los Franceses del territorio belga.

Faltaba arreglar las bases de la separacion. El gobierno de los Países Bajos pretendia el reconocimiento de las fronteras de 1790 y de la deuda pública, que tenia en 1830; los Belgas por el contrario, pedian el reconocimiento de la deuda pública tal como era en 1790 y las fronteras que tenian en 1830. De aquí se originó una nueva serie de protocolos; hasta que finalmente se negaron á Bélgica las provincias de Limburgo y Luxemburgo que reclamaba, mientras se le agregaron por otra parte como deuda suya las ¹⁶/₃₁ partes de la deuda neerlandesa. Esta medida produjo nueva agitacion y nuevas invasiones armadas, y las negociaciones no quedaron definitivamente terminadas hasta el 19 de abril de 1839.

Entretanto la Bélgica se habia dado una constitucion de las mas libres de Europa. Separó enteramente la Iglesia del Estado, si bien aquella recibia estipendio de este; proclamó la libertad de cultos, de enseñanza y de imprenta; allí no hay aristocracia que pueda contrarrestar la influencia del pueblo; allí no hay lucha entre la Monarquía constitucional y la República; allí sirven de contrapeso al poder ejecutivo los derechos municipales y provinciales y los del poder legislativo representado por las dos cámaras, ambas de eleccion popular. La cámara baja se compone de representantes con sueldo y elegidos sin restriccion alguna; la ley electoral ha establecido un censo variable, mas elevado para los habitantes de las ciudades

(1) Allí se probó el cañon Paixans, que arrojó bombas de 400 kilogramos.

donde el clero es ménos poderoso, y mas pequeño para los habitantes del campo, de modo que los campesinos eligen las dos terceras partes del total de los diputados. El clero ha tenido por tanto mucho influjo en las elecciones, hasta el punto de hacer dominar el principio católico, á pesar de ser el rey protestante.

Al principio no hubo partidos: el católico moderaba las exageraciones del liberal, procurando fortalecer el vínculo religioso: todos querian la independencia, pero los unos la querian belicosamente, los otros por medios pacíficos; estos dispuestos á plegarse á las pretensiones de la diplomacia, aquellos inclinándose á resistirlas. Pero terminada la cuestion exterior, sobrevino otra vez el conflicto. El partido católico, que quedó triunfante, trató de conservarse, por lo cual fué considerado como retrógado por los liberales que lo acusaban de aspirar al dominio exclusivo de dar á la Iglesia superioridad sobre el Estado, de monopolizar los empleos y la enseñanza, y hasta de querer introducir la censura, no obstante que por confesion de todos no hay país en Europa donde sea mas libre la imprenta. Así, pues, los títulos de Católicos y liberales comprenden cuestiones extrañas á la religion y representan la acostumbrada division entre las opiniones moderadas y exaltadas. Los Católicos se mantuvieron por diez años en el poder, al cabo de los cuales, en 1840 cayendo el ministerio de Thorn, entraron á mandar los liberales. De aquí nacieron disensiones que el ministro Mothomb trató de calmar reduciendo « las cuestiones de partido á cuestiones de negocios; » pero tambien sucumbió este ministro (1845).

Es un hecho que Bélgica, en breve tiempo y con poquísimos medios, ha alcanzado una prosperidad que tiene pocos ejemplos, ó acaso ninguno, en la historia, no obstante ser un reino creado por la diplomacia, débil, rodeado de fuertes y sin peso en la balanza europea. Dió un gran golpe al comercio la separacion de Holanda, que proporcionaba salida á las manufacturas expidiéndolas á las colonias; pero de este golpe procuran los comerciantes rehacerse estrechando la union aduanera con la Alemania, union de que puede Ambéres llegar á ser el puerto principal. Entretanto, habiendo sido necesario ocupar en obras públicas los brazos que el comercio dejaba ociosos, se han hecho por cuenta del gobierno seiscientos kilómetros de caminos de hierro, y con la libertad se han reanimado las fábricas.

La Holanda continuó enemistada con Bélgica, hasta que habiendo abdicado su rey, el sucesor Guillermo II entró en el órden europeo, resignándose á renovar los hechos consumados y restableciendo las relaciones con los países que se habian separado de su territorio. Puso tambien término al conflicto que habia existido hasta entónces entre su padre y los Estados de su reino; mostróse mas justo con los Católicos, que componen las dos quintas partes de la po-

Holanda.

1840.
7 de octubre.